

En los tratos y cumplidos que se os presenten, no permitais a vuestra lengua proferir palabras de deferencia que no estén en vuestro corazón; porque existe esta diferencia entre las almas santas y cristianas y las almas mundanas: que unas y otras emplean las mismas fórmulas de educación, la misma manera de hablar y que acostumbra a usarse en relaciones y visitas; aquéllas lo hacen de corazón y con espíritu de verdad y caridad cristianas, mas éstas solamente con la boca y con espíritu de mentira y vana complacencia.

No digo yo que sea necesario que os actúeis en estos pensamientos e intenciones cada vez que saludáis a alguno, o que profiráis alguna palabra de edificación o que practiquéis alguna obra buena en favor del prójimo a cada paso, que aunque así fuera, cosa buenísima haríais; pero sí que, por lo menos, forméis en vuestro corazón una intención general de hacer todas las cosas con el espíritu de la caridad de Jesús, esforzándoos por renovar ante Dios esta intención, siempre que Él os la sugiera. Cuando sintáis alguna repugnancia, aversión o sentimiento de envidia para con el prójimo, procurad renunciar a él con toda energía, desde sus comienzos, y destruirlo a los pies de Nuestro Señor, suplicándole que os llene de su divina caridad.

Si se os ha ofendido, o si habéis vosotros ofendido a alguno, no esperéis que vengan a buscaros; acordaos de lo que Nuestro Señor ha dicho: «Si, al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, déjate allí mismo tu ofrenda delante de tu altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano» (3). Para obedecer a estas palabras del Salvador y en su honra y alabanza, puesto que Él es el primero en

3. «Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te; relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo». Matth., V, 23-24.

buscarnos a nosotros, Él, que no nos hace sino toda clase de favores y que no recibe de nosotros sino toda clase de ofensas, id a buscar a quien habéis ofendido o a quien os ha ofendido, para reconciliaros con él, dispuestos a hablarle con toda dulzura, paz y humildad.

Si en vuestra presencia se sostienen conversaciones con perjuicio del prójimo, desviadlas, si podéis, con prudencia y dulzura, haciéndolo de suerte que no déis con ello ocasión a que se hable más; porque en este caso, valdría más callar y contentarse con no manifestar atención ni complacencia en lo que se dice.

Rogad a Nuestro Señor que imprima en vuestro corazón una caridad y un tierno afecto, principalmente hacia los pobres, viudas, huérfanos y a cuantos os son extraños. Miradles como seres que os son recomendados por el mayor de vuestros amigos, que es Jesús, quien os los recomienda frecuente e insistentemente y como a sí mismo, en sus santas Escrituras; y en vista de esto, habladles con dulzura, tratadles con caridad y prestadles toda la asistencia que podáis.

CAPITULO XIII

Del celo por la salvación de las almas

Tened sobre todo una especialísima caridad para con las almas de todos los hombres, pero en particular de los que os pertenecen o dependen de vosotros, procurando su salvación por todos los medios posibles. Porque San Pablo nos declara que «quien no mira por los suyos, mayormente si son de la familia, ese tal negado ha la fe, y es

peor que un infiel» (1). Acordaos que un alma ha costado trabajos y sufrimientos de treinta y cuatro años (2), la sangre y la vida de un Dios, y que la obra más grande, más divina y agradable a Jesús que podáis hacer en el mundo es, trabajar con Él en la salvación de las almas que le son tan queridas y preciosas. Daos, por tanto, a Él para trabajar en ello, de cuantos modos se os pida. Juzgaos indignísimos de emplearos en tan gran obra; pero, cuando se os presente alguna ocasión de ayudar en su salvación a alguna pobre alma (lo que os ocurrirá con frecuencia si prestáis atención y ponéis cuidado en ello), por nada la dejéis pasar; pedid en primer lugar a Nuestro Señor su santa gracia, y empleaos en ello, según vuestra condición y los medios que Él os conceda, con cuanto cuidado, diligencia e interés podáis, como si se tratase de un asunto de mayores consecuencias que si os fuese en ello todos los bienes temporales y hasta la vida corporal de todos los hombres que existen en el mundo. Hacedlo puramente por amor de Jesús y a fin de que Dios sea amado y glorificado eternamente en las almas, teniendo a mucha honra y como un especial favor el consumir todo vuestro tiempo, toda vuestra salud, vuestra vida, y sobre todos los tesoros del mundo si los poseyéseis, para ayudar en su salvación a una sola alma por la que Jesucristo dio su sangre y empleó y agotó todo su tiempo, su vida y sus fuerzas.

¡Oh Jesús, celador de las almas y amador de la salvación de los hombres, imprimid en los corazones de todos los cristianos los sentimientos y disposiciones de vuestro celo y ardentísima caridad por las almas.

1. Si quis autem suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, finem negavit et est infideli deterior». I Tim., V, 8.

2. Véase la nota de la página 24.

CAPITULO XIV

De la verdadera devoción cristiana

Consiguientemente a lo que hasta aquí venimos diciendo acerca de las virtudes cristianas, es fácil conocer qué es y en qué consiste la verdadera devoción. Porque, asentado repetidas veces que todas las virtudes cristianas no son otras que las virtudes de Jesucristo por Él practicadas mientras estuvo en la tierra, cuyo ejercicio nosotros debemos continuar, necesariamente se deduce que la verdadera devoción cristiana no es otra que la devoción santa y divina de Jesucristo que debemos continuar y completar en nosotros.

Ahora bien, Jesucristo Nuestro Señor puso su devoción en cumplir con toda perfección la voluntad de su Padre, y en cifrar en eso sus complacencias. Púsola en servir a su Padre y a los hombres por amor de su Padre, habiendo querido tomar la forma y condición baja y abyecta de siervo, para con este abatimiento, rendir más honor y homenaje a la grandeza suprema de su Padre. Cifró su devoción en amar y glorificar a su Padre en el mundo; en realizar todas sus acciones puramente por la gloria y amor de su Padre, haciéndolas con disposiciones santísimas, purísimas y del todo divinas, es decir: con profundísima humildad, con una caridad ardentísima para con los hombres, con un desprendimiento perfectísimo de sí mismo y de todas las cosas, con una unión inquebrantable con su Padre, con exactísima sumisión al querer de su Padre, con gozo y alegría. En fin, hizo Él consistir su devoción en inmolarse y sacrificarse por com-

pleto a la gloria de su Padre, habiendo querido tomar el estado de víctima y de hostia y pasar en esta condición por toda clase de desprecios, humillaciones, privaciones, mortificaciones interiores y exteriores, y, finalmente, por una cruel y vergonzosa muerte, por la gloria de su Padre.

Hizo Jesús desde el momento de su Encarnación tres como profesiones solemnes y votos que los cumplió a la perfección en su vida y en su muerte.

1. Hizo profesión de obediencia a su Padre, es decir: profesión de no hacer nunca su voluntad sino de obedecer siempre con toda perfección a la voluntad de su Padre, y, como antes se dijo, de poner en ello todo su gozo y felicidad.

2. Hizo profesión de esclavitud. Es la cualidad y condición que su Padre le ha dado hablando por un profeta: «Siervo mío eres tú, oh Israel (1), en ti seré yo glorificado» (2). Es la cualidad que Él mismo toma: «tomando la forma o naturaleza de siervo (3), anonadándose hasta el estado o forma de una vida de humildad y de esclavitud a sus criaturas, hasta el oprobio y suplicio cruel y servil de la cruz, por nuestro amor y por la gloria de su Padre.

3. Hizo profesión de ser hostia y víctima, totalmente consagrada e inmolada a la gloria de su Padre, desde el primer momento de su vida hasta el último.

He aquí en qué consiste la devoción de Jesús. Por eso, ya que la devoción cristiana no es otra que la devoción de Jesucristo, debemos hacer consistir nuestra devoción en esas mismas cosas. A este efecto, debemos tener con Jesús

1. Se da aquí a Cristo el nombre de «Israel», porque mereció este nombre que significa «fuerte contra Dios», pues venció y desarmó con su pasión y muerte en cruz, la justa ira de Dios, haciéndole propicio a los hombres. Torres Amat. Edición «La Editorial Vizcaina». 1927.

2. «Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor». Is., XLIX, 3.

3. «Formam servi accipiens». Phil., 2-7.

un enlace y unión muy íntimo y estrecho y una adhesión y aplicación muy perfectas, en toda nuestra vida, en todos nuestros ejercicios y en todas nuestras acciones.

Ese es el voto solemne y la profesión pública primera y principal que nosotros hacemos en el bautismo a la faz de toda la Iglesia. Porque entonces —hablando según San Agustín, Santo Tomás en su Suma y el Catecismo del Concilio de Trento—, entonces hacemos voto y profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras, y de adherirnos a Jesucristo como los miembros con su cabeza, de entregarnos y consagrarnos enteramente a Él y de morar en Él. Y, hacer profesión de adherirnos a Jesucristo y de morar en Él, es profesar su devoción, sus disposiciones, su espíritu y su dirección, su vida, sus cualidades y virtudes, y todo lo que Él hizo y sufrió.

Por eso, haciendo voto y profesión de adherirnos a Jesucristo y de morar en Él, que es el mayor de todos los votos, dice San Agustín (4), hacemos tres grandes profesiones, muy santas y divinas y que debemos meditarlas con frecuencia.

1. Hacemos profesión con Jesucristo de no hacer jamás nuestra propia voluntad; sino de someternos en todo a la voluntad de Dios, y de obedecer a toda clase de personas, en lo que no es contrario a Dios, poniendo en esto nuestra alegría y nuestro paraíso.

2. Hacemos profesión de esclavitud a Dios y a su Hijo Jesucristo, y a todos los miembros de Jesucristo, según estas palabras de San Pablo: «haciéndonos siervos vuestros por amor de Jesús» (5). Como corolario de esta profesión, los cristianos todos lo mismo que los esclavos, nada poseen para ellos mismos; no tienen derecho a hacer uso alguno, ni de ellos mismos, ni de los miembros y

4. «Votum maximum nostrum». Epist. ad Paulinum, n. 16.

5. «Nos servos vestros per Jesum». 2 Cor., IV, 5.

sentidos de sus cuerpos, ni de las potencias de sus almas, ni de su vida, ni de su tiempo, ni de los bienes temporales que poseen, si no es por Jesucristo y por los miembros de Jesucristo, que son todos los que creen en Él.

3. Hacemos profesión de ser hostias y víctimas continuamente sacrificadas a la gloria de Dios, «víctimas espirituales, que dice el príncipe de los Apóstoles, agradables a Dios por Jesucristo». «Os ruego encarecidamente, dice San Pablo, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia o víctima vivas, santa y agradable a sus ojos» (6). Y lo que aquí se dice de nuestros cuerpos, lo mismo debe decirse de nuestras almas. Por esta razón estamos obligados a glorificar y a amar a Dios, con todas las facultades de nuestros cuerpos y de nuestras almas, a hacer cuanto podamos para que Él sea amado y glorificado, a no buscar en todas nuestras acciones y en todas las cosas sino puramente su gloria y su amor, a vivir de suerte que nuestra vida sea un continuo sacrificio de alabanza y de amor a Él, a estar dispuestos a ser inmolados, consumidos y aniquilados por su divina gloria.

En una palabra, «el cristianismo, dice San Gregorio Niseno, es una profesión de la vida de Jesucristo» (7). Y San Bernardo nos asegura que «Jesús jamás coloca en el rango de profesos de su religión a los que no viven de su vida» (8). He aquí porqué en el santo bautismo hacemos profesión de Jesucristo, es decir: profesión de la vida de Jesucristo, de la devoción de Jesucristo, de sus disposiciones e intenciones, de sus virtudes, de su perfecto desprendimiento de todas las cosas. Hacemos profesión de creer

6. «Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem». Rom., XII, 1.

7. «Christianismus est professio vitae Christi».

8. «Non inter suos deputat professores, quos vitae suae cernit desertores».

firmemente todo lo que por Él mismo y por su Iglesia nos enseña, de morir antes que apartarnos una tilde del mundo de estas nuestras creencias. Hacemos profesión de declarar, con Él, guerra mortal al pecado, de vivir, con espíritu de continua oración como Él vivió, de llevar con Él su cruz y su mortificación en nuestros cuerpos y en nuestras almas, de continuar el ejercicio de su humildad, de su confianza en Dios, de su sumisión y obediencia, de su caridad, de su celo por la gloria de su Padre y la salvación de las almas, y de todas las demás virtudes. Hacemos, en fin, profesión de no vivir en la tierra y en el cielo sino para ser de Jesús, y para amarle y honrarle en todos los estados y misterios de su vida, y en todo lo que Él es, en Él mismo, y fuera de sí mismo; y de estar siempre dispuestos a sufrir toda clase de suplicios, y a morir mil muertes y a ser aniquilados mil veces, si fuera posible, por su amor y por su gloria.

He aquí el voto y la profesión que todos los cristianos hacen en el bautismo. He aquí en qué consiste la verdadera devoción cristiana; y toda otra devoción (si cabe decir otra), no es más que engaño y perdición.

CAPITULO XV

Práctica de la devoción cristiana

Para penetrar más en esta sagrada devoción, adorad a Jesús en su perfectísima devoción, y en la profesión que hizo a su Padre desde el momento de su encarnación, y que observó a la perfección en toda su vida. Bendecidle por la gloria, que, por este medio, Él dio a su Padre. Pe-

didle perdón por las faltas que habéis cometido contra el voto y la profesión que hicisteis en el bautismo, rogándole que las repare Él por su grandísima misericordia. Pensad delante de Dios las obligaciones que van unidas a este voto y profesión. Renovad con frecuencia el deseo de cumplirlas, pedid a Jesús que para ello os conceda su gracia y que consolide en vosotros esta santísima devoción. Poned vuestra devoción en lo que Jesús puso la suya: en la práctica de las susodichas cosas; y en todo cuanto hagáis y sufráis, tened cuidado de uniros a la devoción de Jesús, de esta manera:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Vos para realizar esta acción o para sobrellevar esta aflicción, en unión de la perfectísima devoción con que practicasteis todas vuestras obras y sufristeis todas vuestras aflicciones!

Haciéndolo así, viviréis con verdadera y perfecta devoción, por medio de la cual formaréis a Jesús en vosotros, según el deseo de su Apóstol: «Hasta formar enteramente a Cristo en vosotros» (1); y seréis transformados en Jesús, según la palabra de este mismo Apóstol: «somos transformados en la misma imagen de Jesucristo» (2); es decir: haréis vivir y reinar a Jesús en vosotros, no seréis sino una cosa con Jesús, y Jesús será todo en vosotros, según esta divina palabra: «consumados en la unidad; todo de Dios en todas las cosas» (3); lo cual es el blanco y el fin a que tienden la vida, piedad y devoción cristianas.

De aquí que sea necesario, como lo haremos en los capítulos siguientes, haceros ver cuán importante es esta gran obra de la formación de Jesús en nuestras almas y lo que hay que hacer para conseguirlo.

1. «Donec formentur Christus in vobis». I. Gal., IV, 19.

2. «In eamdem imaginem transformamur». 2 Car., III, 18.

3. «Consummati in unum, et omnia in omnibus». Joan, XVII, 23 y I Cor., XV, 28.

CAPITULO XVI

De la formación de Jesús en nosotros

El misterio de los misterios y la obra de las obras es la formación de Jesús en nosotros, según nos lo hace notar San Pablo por estas palabras: «Hijitos míos, por quienes segunda vez padezco dolores de parto hasta formar enteramente a Cristo en vosotros» (1). Este es el mayor de los misterios y la más grande de las obras que se hacen en el cielo y en la tierra, por personas las más excelentes de la tierra y del cielo, como son el Padre Eterno, el Hijo y el Espíritu Santo, la Santísima Virgen y la Santa Iglesia. Es la acción más grande que el Padre Eterno hace en toda la eternidad, durante la cual está continuamente ocupado en engendrar a su Hijo en sí mismo. Y fuera de sí, nunca realiza nada más admirable que cuando le forma en el seno purísimo de la Virgen, en el momento de la Encarnación.

Es la obra más excelente que el Hijo de Dios obró en la tierra, formándose a sí mismo en su santa Madre y en su Eucaristía.

Es la operación más noble del Espíritu Santo que le formó en las sacratísimas entrañas de la Virgen, la cual tampoco hizo nunca nada ni hará jamás más digno que cooperar a esta maravillosa y divina formación de Jesús en ella.

Es la obra más santa y grande de la santa Iglesia, la cual no tiene actuación y misión más soberanas que cuando, de cierta y admirabilísima manera, le produce, por medio de sus sacerdotes en la divina Eucaristía, y

1. «Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis». Gal., IV, 19.

cuando le forma en los corazones de sus hijos; no teniendo más fin la Iglesia en todas sus funciones que formar a Jesús en las almas de todos los cristianos.

Este también debe ser nuestro deseo. nuestro cuidado y nuestra principal ocupación: formar a Jesús en nosotros, es decir: hacerle vivir y reinar en nosotros, hacer que en nosotros viva y reine su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, sus inclinaciones y disposiciones. A este fin han de tender todos nuestros ejercicios de piedad. Esta es la obra que Dios pone en nuestras manos, para que incesantemente trabajemos en ella.

Dos razones muy poderosas deben animarnos a trabajar con toda energía en la realización de esta obra:

1. A fin de que se realice cumplidamente el ideal y el deseo grandísimo que el Padre Eterno tiene de ver vivir y reinar a su Hijo en nosotros. Porque, desde que su hijo se anonadó por su gloria y por nuestro amor, quiere que, en recompensa de su anonadamiento se asegure y reine en todas las cosas. Ama Él tanto a su amabilísimo Hijo, que no quiere ver sino a Él, ni tener otro objeto de su mirada, de su complacencia y de su amor en todas las cosas. Por esto quiere que sea su Hijo, el todo en todas las cosas.

2. A fin de que Jesús, formado y asegurado en nosotros, ame y glorifique dignamente en nosotros a su Padre Eterno y a sí mismo, conforme a estas palabras de San Pedro: «A fin de que en todo cuanto hagáis sea glorificado Dios por Jesucristo» (1). Él sólo es capaz de amar y glorificar dignamente a su Padre Eterno y a sí mismo.

Estas dos razones deben encender en nosotros un ardentísimo deseo de formar y establecer en nosotros a Jesucristo y de buscar cuantos medios puedan servirnos a este fin, algunos de los cuales os voy a proponer.

1. «Ut in omnibus honorificetur Deus, per Jesum Christum». I Pet., IV, 11.

CAPITULO XVII

Lo que hay que hacer para formar a Jesús en nosotros

Para formar a Jesús en nosotros tenemos que hacer cuatro cosas:

1. Debemos ejercitarnos en mirarle en todas las cosas y en no tener otro fin que Él y todos sus estados, misterios, virtudes y acciones, en todos nuestros ejercicios de devoción y en todas nuestras acciones. Porque Él es todo en todas las cosas: es el ser de las cosas que son, la vida de las cosas que viven, la belleza de las cosas bellas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos, la santidad de los santos. Y nosotros no realizamos la más mínima acción que no la haya hecho Él antes, mientras estaba en la tierra; acción de Jesús que debemos tener siempre presente para mirarla e imitarla, cuando hacemos la nuestra. Por este medio llenaremos nuestro entendimiento de Jesús y le formaremos y afianzaremos en nuestro espíritu, pensando frecuentemente en Él y mirándole en todas las cosas.

2. Debemos formar a Jesús, no solamente en nuestro espíritu pensando en Él y mirándole en todas las cosas, sino también en nuestro corazón, por medio del ejercicio frecuente de su divino amor. Para esto debemos acostumbrarnos a elevar muchas veces nuestro corazón a Él por amor, y a hacer todas nuestras acciones puramente por su amor, consagrándole todos los afectos de nuestro corazón.

3. Hay que formar a Jesús en nosotros, mediante un entero anonadamiento de nosotros mismos y de todas las cosas en nosotros. Porque, si deseamos que Jesús viva y reine perfectamente en nosotros, es preciso destruir y dar

muerte a todas las criaturas en nuestro espíritu y en nuestro corazón, y no mirarlas ni amarlas ya más en ellas mismas, sino en Jesús y a Jesús en ellas. Es preciso que nos aseguremos en esta idea: que el mundo y todo cuanto hay en el mundo ha sido destruido para nosotros, que en el mundo para nosotros no hay más que Jesús, que no tenemos que contentar más que a Él, ni mirar y amar más que a Él.

Es preciso además trabajar para destruirnos a nosotros mismos, es decir: nuestro propio juicio, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro orgullo y vanidad, todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, todos los deseos e instintos de nuestra naturaleza depravada, y todo lo que hay de nosotros mismos. Porque de nosotros mismos, no habiendo en nosotros nada que no esté depravado y corrompido por el pecado, y que no sea, por consiguiente, contrario a Jesucristo, y opuesto a su gloria y a su amor, es preciso que todo esto sea destruido y aniquilado, a fin de que Jesucristo viva y reine en nosotros con toda perfección.

Aquí tenemos el fundamento principal, el primer principio y el primer paso de la vida cristiana. Es lo que se llama, en el lenguaje de la palabra divina y en los libros de los Santos Padres, perderse a sí mismo, morir a uno mismo, perecer a sí mismo, renunciar a sí mismo. Es uno de los principales cuidados que debemos tener, uno de los principales ejercicios en que debemos ejercitarnos, por la práctica de la abnegación, de la humillación, de la mortificación interior y exterior, y uno de los medios más poderosos de que debemos servirnos para formar y asegurar a Jesús en nosotros.

4. Pero, como quiera que esta gran obra de la formación de Jesús en nosotros excede incomparablemente a todas nuestras fuerzas, el cuarto y principal medio ha de

ser recurrir al poder de la divina gracia y a las oraciones de la Santísima Virgen y de los Santos.

Así pues, roguemos frecuentemente a la Santísima Virgen, a todos los ángeles y santos, que con sus súplicas nos ayuden. Encomendémonos al poder del Padre Eterno, y al amor y celo ardentísimo que tiene por su Hijo, suplicándole que nos destruya por completo para hacer vivir y reinar a su Hijo en nosotros.

Ofrezcámonos también al Espíritu Santo con la misma intención, y hagámosle la misma súplica.

Anonadémonos con frecuencia a los pies de Jesús, con todo lo que hay de nosotros, y supliquémosle por aquel ardentísimo amor con que a sí mismo se anonadó que emplee su divino poder para anonadarnos y asentar Él su realeza en nosotros, diciéndole a este fin:

«¡Oh buen Jesús, os adoro en vuestro divino anonadamiento, recalcado en estas palabras de vuestro Apóstol: “se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo” (1). Adoro ese amor grandísimo a vuestro Padre y a nosotros que tanto os ha anonadado. Me entrego y abandono por completo al poder de este divino amor, a fin de que totalmente me anonade! ¡Oh poderosísimo y buenísimo Jesús, desplegad todo vuestro poder e infinita bondad para anonadarme, y, para que, entronizado Vos en mí, reduzca a la nada, a mi amor propio, a mi propia voluntad, a mi propio espíritu, a mi orgullo y a todas mis pasiones, sentimientos e inclinaciones, a fin de afirmar y hacer reinar en su lugar, a vuestro santo amor, vuestra sagrada voluntad, vuestro divino espíritu, vuestra profundísima humildad, y todas vuestras virtudes, sentimientos e inclinaciones.

«Destruid y anonadad también en mí a todas las criaturas y a mí mismo con ellas; ponéos en mi lugar y en el

1. «Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens». 1 Phil. 2-7.

de ellas, a fin de que establecido y asegurado Vos en todas las cosas, no se vea ya, ni se estime, ni se desee, ni se busque, ni se ame otra cosa sino a Vos, no se hable más que de Vos, no se haga nada sino por Vos; y seáis Vos, por este medio, quien lo es y lo hace todo en todos y quien ame y glorifique a vuestro Padre y a Vos mismo en nosotros y por nosotros, con un amor y una gloria digna de Él y de Vos».

CAPITULO XVIII

Del buen uso que hay que hacer de las consolaciones espirituales

Así como la vida que el Hijo de Dios llevó sobre la tierra está dividida en dos estados diferentes, a saber: estado de consolación y de gozo, y estado de aflicción y de sufrimiento; gozando en la parte superior de su alma de toda clase de delicias y divinos contentamientos, y sufriendo en la parte inferior y en su cuerpo toda clase de amarguras y de tormentos; del mismo modo, la vida de sus siervos y de sus miebros, siendo, como hemos dicho, una continuación e imitación de la suya, está siempre mezclada de gozo y de tristeza, de consolaciones y aflicciones. Y, como el Hijo de Dios hizo un uso todo divino de estos dos estados diferentes, e igualmente glorificó a su Padre en uno y en otro, así nosotros debemos esforzarnos por hacer un santo uso de uno y otro estado, y dar en ellos a Dios toda la gloria que pide de nosotros, a fin de que podamos decir con el santo Rey David: «Alabaré al

Señor en todo tiempo: no cesarán mis labios de pronunciar sus alabanzas» (1).

Por eso, ponemos aquí nosotros el uso que hay que hacer de consolaciones y desolaciones, para ser fiel a Dios y glorificarle en tiempo de gozo y en tiempo de tristeza.

En cuanto a lo primero, todos los que tratan de esta materia nos enseñan que no hemos de hacer gran hincapié en las consolaciones, cualesquiera que ellas sean, interiores o exteriores, ni desearlas y pedir las, cuando no las tenemos; ni temer perderlas, cuando las tenemos; ni pensar que son más a propósito que las desolaciones para poder tener hermosos pensamientos, grandes luces, muchos sentimientos y afectos sensibles de devoción, o ternuras, lágrimas o cosas semejantes; porque no estamos en este mundo para gozar, sino para sufrir, quedando reservado para el cielo el estado de gozo y para la tierra el de sufrimiento, como homenaje a los sufrimientos que aquí soportó el Dios de cielos y tierra.

Pero no obstante, cuando a Dios le place enviarnos consolaciones, no hay que rechazarlas ni despreciarlas, por temor al orgullo o a la presunción; sino, vengan de donde vengan, de Dios, de la naturaleza, o de otras partes, hemos de poner sumo cuidado en aprovecharnos bien de ellas, haciendo que las cosas, de cualquier parte que ellas vengan, sirvan todas a Dios, de la siguiente manera:

1. Es preciso que nos humillemos mucho delante de Dios, reconociéndonos indignísimos de toda gracia y consolación y pensando que nos trata como a seres débiles e imperfectos, como a hijos pequeños que no pueden todavía comer manjares sólidos, ni sostenerse por su propio pie, a quienes por el contrario, hay que alimentarles con

1. «Benedictam Dominum in omni tempore; semper laus ejus in ore meo». Ps. XXXIII - 2.

leche y llevarles en los brazos; de otro modo caerían por tierra y morirían.

2. No hay que permitir a nuestro amor propio alimentarse con estos gustos y sentimientos espirituales, ni a nuestro espíritu empaparse y reposar en ellos, sin remitirlos a su manantial, a aquél que nos los ha dado, es decir: sin referirlo a Dios que es el principio de toda consolidación y el solo digno de todo gozo y satisfacción; protestándole que no queremos otro contentamiento que el suyo, y que mediante su gracia estamos dispuestos a servirle eternamente por el amor de sí mismo, sin buscar ni pretender recompensa ni consolación alguna.

3. Hay que poner en las manos de N. S. Jesucristo todos los buenos pensamientos, sentimientos y consolaciones que se nos ofrezcan y pedirle que haga Él de ellos por nosotros todo el uso que quiere que hagamos nosotros por su gloria; por lo demás, hacerles servir a Dios, animándonos a amar más ardientemente y a servir con más ánimo y fidelidad al que nos trata tan dulce y amorosamente, después de haber merecido tantas veces ser despojados por completo de todas sus gracias, y ser totalmente abandonados de Él.

CAPITULO XIX

Del santo uso que hay que hacer de la sequedades y aflicciones espirituales

Habiendo estado toda la vida N. S. Jesucristo, que es nuestro Padre y nuestra Cabeza, repleta de trabajos, amarguras y sufrimientos, tanto interiores como exteriores, no es razonable que sus hijos y sus miembros anden

por otro camino del que Jesús anduvo. Hácenos Él una gran gracia y no tenemos motivo de quejarnos, cuando nos da, lo que para sí mismo Él tomó, y nos hace dignos de beber con Él en el cáliz que su Padre le dio con tanto amor, poniéndonoslo delante con el mismo amor con que su Padre a Él se lo puso.

En este punto es donde Él nos atestiguará más su amor y donde nos da las más seguras señales de que nuestros pequeños servicios le son agradables. ¿No oís, además, a su apóstol que clama que: «todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución»? (1); y al ángel Rafael que dice al santo Tobías: «Por lo mismo que eras acepto a Dios fue necesario (advertid bien esta palabra) que la tentación, o aflicción, te probase» (2); y al Espíritu Santo que nos habla de esta manera por el Eclesiástico: «Hijo, entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación.

Humilla tu corazón, y ten paciencia: inclina tus oídos y recibe los consejos prudentes, y no agites tu espíritu en tiempo de la oscuridad, o tribulación. Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios.

Estréchate con Dios, y ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida. Acepta gustoso todo cuanto te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento: Pues al modo que en el fuego se prueban el oro y la plata, así los hombres aceptos a Dios se prueban en la fragua de la tribulación» (3).

1. «Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur» (2 Tim. III-12).

2. «Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te». Tob. XII, 13.

3. «Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in iustitia, et timore, et praepara animam tuam ad tentationem. Deprime cor tuum et sustine: inclina aurem

Palabras todo divinas, que nos enseñan que la verdadera piedad y devoción van siempre acompañadas de alguna prueba o aflicción, bien por parte del mundo o del diablo, bien por parte del mismo Dios, quien parece a veces retirarse de las almas a quienes ama, para probar y ejercitar su fidelidad.

Por lo tanto, no os engañéis, pensando que no hay más que rosas y delicias en los caminos de Dios. Encontraréis en ellos muchas espinas y trabajos, mas, ocurra lo que ocurra, amad siempre a N. Señor con fidelidad, y su amor trocará la hiel en miel, y la amargura en dulzura. Haced más: tomad la resolución de hacer consistir vuestro paraíso y felicidad, mientras estais en esta vida, en la cruz y en las penas, como en cosa con la que podéis glorificar más a Dios y comprobarle vuestro amor, y en la que vuestro padre, vuestro Esposo, y vuestra Cabeza, que es Jesús, puso su gozo y su paraíso mientras estuvo en el mundo, pues el Espíritu Santo llama al día de su pasión «el día de la alegría de su corazón» (4).

He aquí el uso que debéis hacer de toda clase de aflicciones, corporales y espirituales. No es, sin embargo, mi plan, hablaros aquí de las aflicciones corporales y exteriores. Sólo he de proponeros aquí el uso que debéis hacer de las aflicciones interiores y espirituales, como son sequedades, tristezas, tedios, temores y turbaciones interiores, hastío de las cosas de Dios y demás penas de espíritu que suelen sobrevenir a las almas que sirven a Dios. Porque es sumamente importante saber hacer el debi-

tuam, et suspice verba intellectus: et ne festines in tempore obductiones. Sustine sustentationes Dei; conjungere Deo, et sustine, ut crescat in novissimo vita tua, Omne quod tibi applicitum fuerit, accope: et in dolore sustine, et in humilitate tua patientiam habe. Quoniam in igne probatur aurum et argentum homines vero receptibiles in camino humiliationis». Eccli. 2. 1-6.

4. «In die laetitiae cordis ejus». Cant. III 11.

do uso de todas estas cosas y ser fiel a Dios en este estado.

Ved, a este fin, la conducta que debéis observar:

1. Adorad a Jesús en los sufrimientos, privaciones, humillaciones, temores, tristezas y abandonos que soportó en su santa alma, según estas sus palabras: «Mi alma está harta de males. Mi alma se ha conturbado. Mi alma siente angustias mortales» (5). Adorad las disposiciones de su divina alma en este estado, y el buen uso que de él hizo por la gloria de su Padre. Entregaos a Él para conseguir estas mismas disposiciones, y para hacer de vuestras penas el buen uso que Él hizo de las suyas. Ofrecédselas en honor de las suyas. Rogadle que las una a las suyas, que las bendiga y santifique por las suyas, que supla vuestras faltas y que haga por vosotros el uso que Él hizo de sus propias penas, para la gloria de su Padre.

2. No os entretengáis demasiado en buscar en particular la causa del estado en que os encontráis, ni en examinar vuestros pecados; humillaos a la vista de todas vuestras faltas e infidelidades en general; adorad la divina justicia, ofreciéndoo a Dios, dispuestos a abrazaros a cuantas penas Él se digne enviaros en homenaje de su justicia juzgándoos además muy indignos de que esta su justicia se tome la molestia de actuar sobre vosotros. Porque debemos reconocer que el menor de nuestros pecados merece que seamos enteramente abandonados de Dios. Y, cuando nos encontremos en este estado de sequedad, de hastío de las cosas de Dios y que apenas podemos rogar a Dios y pensar en Él, sino con mil distracciones, debemos recordar que somos indignísimos de toda gracia y consolación; que Nuestro Señor nos hace todavía un gran favor con tolerar que la tierra nos sostenga, y que

5. «Repleta est malis anima mea». Ps. LXXXVII, 4. «Nunc anima mea turbata est». Joan, XII, 27. «Tristis est anima mea usque ad mortem». Matth., XXVI, 38.

hemos merecido tantas veces el lugar de los condenados, quienes por toda la eternidad no podrán tener más que pensamientos de odio y de blasfemia para con Dios. Así es como hemos de humillarnos profundamente ante Dios en este estado.

Esto es lo que en estas circunstancias espera Dios de nosotros; éste es entonces su divino plan. Quiere que reconozcamos lo que de nosotros mismos somos y que nos fundamentemos bien en un profundo conocimiento y sentimiento de nuestra nada a fin de que, cuando Él nos conceda algún buen pensamiento y sentimiento de piedad u otra gracia cualquiera, no se lo apropie nuestro orgullo y nuestro amor propio, atribuyéndolo a nuestro cuidado, vigilancia y cooperación, sino que se lo dirijamos todo a Él, reconociendo que no es nuestro, si no solamente de su misericordia, y poniendo toda nuestra confianza en su pura bondad.

3. Cuidaos mucho de no dejaros llevar de la tristeza o del desaliento, antes regocijaos pensando estas tres cosas:

1.^a Que Jesús es siempre Jesús. Es decir: siempre Dios, siempre grande y admirable, siempre en el mismo estado de gloria, de gozo y de fidelidad, sin que nada sea capaz de disminuirle su suprema dicha y contentamiento. Decidle así: ¡Oh Jesús, me basta saber que sois siempre Jesús! ¡Oh Jesús, sed siempre Jesús, y suceda lo que suceda, me tendréis siempre contento!

2.^a Regocijaos de que Jesús es vuestro Dios y todo vuestro, y de pertenecer a Señor tan bueno y tan amable, acordándoos de lo que dice el Real Profeta: «Feliz aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios» (6).

6. «Beatus populus, cujus Dominus Deus ejus». Ps., CXLIII, 15.

3.^a Alegraos, sabiendo que entonces es cuando podéis servir más puramente a Nuestro Señor y demostrarle que le amáis con toda verdad por sí mismo y no por las consolaciones que antes os daba. Y, para probar con las obras la fidelidad y pureza de vuestro amor, poned cuidado en hacer todas vuestras acciones y ejercicios ordinarios con toda la pureza y perfección que podáis. Y, cuanto más frío, cobardía y debilidad sintáis en vosotros, recurrid más al que es vuestra fuerza y vuestro todo, entregáos a Él con más fervor, y elevad con más frecuencia a Él vuestro espíritu. No dejéis de hacer muchas veces actos de amor, sin inquietaros porque no los hacéis con el fervor y consuelo ordinarios. Porque, ¿qué os importa a vosotros estar o no contentos, si vuestro Jesús está contento? Ahora bien, muchas veces, lo que hacemos en este estado de sequedad y desolación espiritual le contenta y agrada más —con tal que tratemos de hacerlo con la intención pura de honrarle—que lo que hacemos con mucho fervor y devoción sensible; porque esto va acompañado muchas veces de amor propio, mientras que lo primero está de ordinario más depurado. En fin, no os desaniméis por las faltas y debilidades que cometáis, mientras estáis en este estado; humillaos a los pies de Nuestro Señor, rogándole que las repare Él por su grandísima misericordia, y confiad en su bondad que así lo hará; y, sobre todo, conservad siempre en vosotros un gran deseo y firme resolución de servirle y amarle perfectamente, a pesar de cuanto pueda aconteceros y de serle fiel hasta el último aliento de vuestra vida, confiando siempre que, a pesar de todas vuestras infidelidades, os concederá esta gracia, por su grandísima benignidad.

CAPITULO XX

Que la perfección y consumación de la vida cristiana es el martirio, y en qué consiste el verdadero martirio

El colmo, la perfección y consumación de la vida cristiana es el santo martirio. El mayor milagro que Dios obra en los cristianos es la gracia del martirio. La cosa más grande y maravillosa que los cristianos pueden hacer por Dios, es sufrir por Él el martirio. El favor más señalando que Nuestro Señor Jesucristo hace a los que de particular manera le aman, es hacerles semejantes a Él en su vida y en su muerte, creyéndoles dignos de morir por Él, como Él murió por su Padre y por ellos. En los santos mártires es donde más se deja ver el poder maravilloso de su divino amor; y, entre todos los santos, los mártires son los más admirables ante Dios. Y, así, vemos que los más grandes santos del paraíso, como San Juan Bautista y todos los apóstoles, son mártires. Los mártires son los santos de Jesús. Así les llama Él mismo, hablando por el oráculo de su Iglesia: «Sancti mei-mis Santos» (1). Porque, si bien es verdad que todos los Santos pertenecen a Jesús, sin embargo los santos Mártires le pertenecen de una manera muy propia y especial, porque han vivido y muerto por Él. Por eso les profesa un amor especial y extraordinario, y les promete lo más grande y ventajoso que se puede prometer.

1. Les anuncia, hablando por boca de su Iglesia, que

1. Brev. rom; com. mart. 8 resp.

les tiene reservado un lugar distinguido en el reino de su Padre (2).

2. Les promete que «les dará a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de su Dios» (3), es decir: A Él mismo, como explican los santos Doctores. De suerte que es como si les dijera: Habéis perdido por mí una vida humana y temporal; yo os daré por ella una divina y eterna. Porque os haré vivir de mi vida y yo mismo seré vuestra vida en la eternidad.

3. Les declara que les dará un maná escondido: «Daréle yo a comer un maná recóndito» (4). ¿Qué maná escondido es éste sino el amor divino que reina perfectamente en el corazón de los santos Mártires, que cambia aquí en la tierra la amargura de los suplicios y el infierno de los tormentos en un paraíso de dulzuras y delicias increíbles, y que les colma en el cielo de gozos y alegrías eternas e inenarrables por las penas pasajeras que han soportado en este mundo?

4. Les asegura que «les dará autoridad sobre las naciones y un poder tan grande que las regirá con vara de hierro y las desmenuzará como vaso de alfarero, conforme al poder que Él ha recibido de su Padre» (5). Es decir: que les hará reinar y dominar como Él en todo el universo; que les constituirá jueces de todo el mundo con Él (6) y que juzgarán y condenarán con Él a los impíos en el día del juicio.

5. Les promete que les revestirá de sus colores; a saber, blanco y rojo, que son los colores del Rey de los

2. «Dabo sanctis meis locum nominatum in regno Patris mei». Brev. rom. Com mart. 2, noct.

3. «Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in paradiso Dei mei». Apoc. 1-7.

5. «Qui vicerit... dabo illi potestatem super gentes; et reget eas, tanquam vas figuli confringentur, sicut et ego accepi a Patre meo». Apoc. 2. 26-28.

6. «Judicabunt nationes et dominabuntur populis». Sap. III, 3.

Mártires, según estas palabras de la Esposa: «Mi Amado es rubio y blanco» (7). Estos son también los colores de los mártires: llevan las libreas de su martirio. Van vestidos de blanco. Dice la divina palabra: «Lavaron sus vestiduras y las blanquearon en la sangre del Cordero» (8). Y Jesús dice: «Andarán conmigo en el cielo vestidos de blanco. El que venciere será vestido de ropas blancas» (9), porque el martirio es un bautismo que borra toda clase de pecados, y reviste las almas de los santos Mártires de gloria y luz inmortal. Están además vestidos de rojo, que significa la sangre que han derramado, así como también el amor ardentísimo con que la han derramado.

6. Les anuncia «que escribirá sobre ellos el nombre de su Dios y de su Padre y el nombre de la ciudad de su Dios» (10); que es como si dijera, según la explicación del piadoso y docto Ruperto: Serán mi padre y mi madre: yo les miraré, amaré y trataré como tales. Porque también en otra parte ha dicho el mismo Señor que «cualquiera que hiciere la voluntad de su Padre que está en los cielos, ése es su hermano y su hermana y su madre» (11). Ahora bien, no haya nada en que tan perfectamente se cumpla la voluntad de Dios como en el martirio. Por esto el Hijo de Dios, hablando de su Padre y de sus santos Mártires, dice que «ha cumplido maravillosamente todos sus deseos, en los santos que moran en la tierra» (12). Les dice

7. «Dilectus meus candidus et rubicundus». Cant. V, 10.

8. «Laverunt stolas suas, et dealbaverunt in sanguine Agni». Apoc., VII, 14.

9. «Ambulabunt mecum in vestimentis albis. Qui vicerit sic vestietur albis». Apoc., III, 4-5.

10. «Scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei». Apoc., II, 112.

11. «Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est». Matth., XII, 50.

12. «Sanctis, qui sunt in terra ejus, mirificavit omnes voluntates meas in eis». Ps., XV, 3.

además «que escribirá sobre ellos su nombre nuevo, que es Jesús» (13); porque, habiendo los santos Mártires imitado perfectamente a Jesús, mientras estuvieron en la tierra, se asemejarán a Él en el cielo de modo tan admirable, que serán llamados Jesús, y en realidad lo serán de cierta y admirable manera, a saber, mediante una perfectísima semejanza y maravillosa transformación.

7. Les da palabra de que «les hará sentar con Él en su trono, como Él se sentó con su Padre en su trono» (14). Y la santa Iglesia en la fiesta de cada mártir, nos lo presenta hablando así a su Padre: «Quiero, oh Padre mío, que mi servidor esté donde yo estoy» (15). Es decir: que esté morando y descansando conmigo, en vuestro seno y en vuestro paternal corazón.

No se me oculta que la mayor parte de estas promesas hechas a los mártires, se dirigen también a los demás Santos; no obstante, aplícanse a los mártires de una manera mucho más especial y ventajosa porque éstos son los Santos de Jesús, que llevan su sello y divino carácter, a quienes ama con particular amor y distingue con privilegios extraordinarios.

¡Oh bondad, oh amor, oh exceso de bondad y de amor de Jesús para con sus santos Mártires! ¡Qué dichosos son los que llevan en sí la imagen perfecta de vuestra santísima vida y de vuestra amorosísima muerte! ¡Qué felices los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero! (16). Tanto, que, para hablar el lenguaje del sagrado evangelio: aquí está el fin de toda perfección y la consumación final y perfecta de toda santidad; puesto que el hombre nada

13. «Scribam super eum... nomen meum novum». Apoc., III, 12.

14. «Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo: sicut et ego vici, et sedi cum Pare meo in throno ejus». Apoc., III, 21.

15. «Volo, Pater, ut ubi ego sum, illic sit et minister meus». Brev. Rom. ad laud.

16. «Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni». Apoc. XXII, 14.

más grande puede hacer que sacrificarle lo que le es más querido, su sangre y su vida, morir por Él (17); en lo cual consiste el verdadero y perfecto martirio.

Hay diversas clases de martirios y de mártires. Unos son mártires en cierta manera, ante Dios; dispuestos y animados de una verdadera voluntad a morir por Nuestro Señor, aunque en realidad, no den por Él su vida. Otros son también, en cierta manera mártires, dice San Cipriano, porque prefieren morir antes que ofenderle (18). Mortificar su carne y sus pasiones, resistir a sus desarreglados apetitos, y perseverar así hasta el fin por amor de Nuestro Señor, es una especie de martirio, dice San Isidoro (19). Sufrir con paciencia por este mismo motivo las necesidades y miserias de la pobreza, o cualquier otra aflicción, aguantar con dulzura las injurias, calumnias y persecuciones, no volver mal por mal, antes, bendecir a los que nos odian, es otra clase de martirio, dice San Gregorio el Grande.

Pero el verdadero y perfecto martirio no consiste solamente en sufrir sino en morir. De suerte que la muerte es de esencia el verdadero y perfecto martirio. Esto quiere decir que, para ser verdadera y perfectamente mártir, en el sentido que la Iglesia toma la palabra mártir, es necesario morir, y morir por Jesucristo.

Es, por lo tanto, cierto que si alguno realiza alguna acción por amor de Nuestro Señor Jesucristo, o sufre alguna pena por este motivo, que, según el curso ordinario de las cosas debería acarrearle la muerte, y por un favor extraordinario y milagroso de Dios, se ve preservado de ella; aunque después viva largo tiempo y muera al fin de muerte común y ordinaria, sin embargo, Dios que le ha

17. Joan, XV. 13 y S. Th., 2-2, 124-3.

18. De Exhortatione martirii. C. 12.

19. Etymol. I-VII, C. II.

librado milagrosamente de la muerte que estaba dispuesto a sufrir por Él, no le privará de la corona del martirio, con tal que persevere hasta el fin en su gracia y en su amor. Testigos: San Juan Evangelista (20), Santa Tecla, la primera de su sexo que sufrió el martirio por Jesucristo (21), San Félix, sacerdote de Nola (22), y otros que la iglesia honra como verdaderos mártires, aunque no hayan muerto en las manos de los tiranos o en los tormentos que sufrieron por Nuestro Señor.

Pero fuera de esto, fuera del milagro que estorba el efecto de la muerte, para ser verdaderamente mártir, es necesario morir, y morir por Jesucristo. Es decir: morir, o por su misma persona, o por mantener el honor de algunos de sus misterios y sacramentos, o por la defensa de su Iglesia, o por sostener alguna verdad que Jesús enseñó, o alguna virtud que Él practicó, o por evitar algún pecado bajo el punto de vista de que le es desagradable, o por amarle tan ardientemente que la violencia sagrada de su divino amor nos haga morir, o por realizar alguna acción que se refiera a su gloria.

Porque el doctor angélico nos asegura que cualquiera acción, aunque sea humana y natural, referida a la gloria de Dios y hecha por su amor, puede hacernos mártires, y de hecho nos hace, si viene a ser causa de nuestra muerte (23).

Por esto os aconsejo y exhorto que tengáis un gran de-

20. «Joannes Evangelista senio confectus quievit, sed tanquam martyr celebratur ab Ecclesia, die 6 maii, propter cruciatum quem Romae passus est. In ferventis etenim olei dolium coniectus, divina protegente eum gratia, illaesus evasit». Ben. XIV, le beatific.

21. «Sancta Thecla Protomartyr a Patribus appellatur, cum prima fuerit ex feminis, quae martyrium pro Christo subierit. Fuit nempe ad bestias damnata, sed incolumnis evasit, non sine speciale ope divina». Bened. XIV (23 Sep.).

22. Mart. Rom. 14 Jan.

23. 2-2-124 5 ad 3.

seo de elevar vuestro corazón a Jesús, al comenzar vuestras obras, a fin de ofrecérselas y protestar que las queréis hacer puramente por amor y por su gloria. Porque, si por ejemplo, la asistencia corporal o espiritual que prestáis a un enfermo, o cualquiera otra cosa semejante, os proporciona un mal que sea causa de vuestra muerte, y habéis practicado realmente esta acción por amor de Nuestro Señor Jesucristo, seréis reputado ante Él como mártir y tendréis parte en la gloria de los santos Mártires que están en el cielo (24). Y mucho más si la amáis tan fuerte y ardientemente que el esfuerzo y el poder del amor divino destruya en vosotros la vida corporal. Porque esta muerte es un martirio eminente, es el más noble y santo de todos los martirios. Es el martirio de la Madre del amor, la Santísima Virgen. Es el martirio del gran San José, de San Juan Evangelista, de Santa Magdalena, de Santa Teresa, de Santa Catalina de Génova, y de muchos otros Santos y Santas. Es hasta el martirio de Jesús que murió, no sólo en el amor y por el amor, sino por el exceso y fuerza de este mismo amor.

24. «De los que mueren por caridad, sirviendo a los apestados, dice el Martirologio Romano»: «Quos veluti martyres, religiosa fides venerari consuevit».

CAPITULO XXI

Que todos los cristianos deben ser mártires y vivir con el espíritu de martirio y cuál es este espíritu

Todos los cristianos, de cualquier estado y condición que sean, deben estar siempre preparados a sufrir el martirio por Jesucristo Nuestro Señor; y están obligados a vivir con la disposición y el espíritu del martirio, por varias razones.

1. Porque pertenecen a Jesucristo por infinidad de títulos; por donde, así como no deben vivir sino por Él, así están obligados a morir por Él, según estas sagradas palabras de San Pablo: «Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí. Que, como somos de Dios, si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos. Porque a este fin murió Cristo, y resucitó: para redimirnos y adquirir un soberano dominio sobre vivos y muertos» (1).

2. Porque, no habiéndonos Dios dado el ser y la vida sino para su gloria, estamos obligados a glorificarle de la manera más perfecta posible, a saber: sacrificándole nuestro ser y nuestra vida en homenaje de su vida y de su ser supremo, protestando por ello, que Él sólo es digno de ser y de vivir, y que toda otra vida debe ser inmolada a los pies de su vida soberana e inmortal.

3. Mándanos Dios que le amemos con todo nuestro

1. «Nemo enim vestrum sibi vivit, et nemo sibi moritur; sive enim vivimus, Domino vivimus, sive morimur, Domino morimur. Sive enim vivimus, sive morimur, Domini sumus. In hoc enim Christus mortuus est et resurrexit, ut et vivorum et moruorum dominetur». Rom. XIV, 7-10.

corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas; es decir: con el más perfecto amor que podamos. Ahora bien, para amarle de esta manera, debemos amarle hasta el punto de derramar nuestra sangre y dar nuestra vida por Él. Porque en esto consiste el sumo grado del amor, visto lo que dice el Hijo de Dios: «Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (2).

4. Nuestro Señor Jesucristo, así como tuvo desde el momento de su Encarnación una sed ardentísima y un inmenso deseo de derramar su sangre y de morir por la gloria de su Padre y por nuestro amor, y no pudiendo por entonces cumplir este deseo por Él mismo, porque todavía no había llegado el tiempo señalado para ello por la ordenación de su Padre, escogió a los Santos Inocentes Mártires para satisfacer por medio de ellos este su deseo y morir de alguna manera en ellos: del mismo modo, después que resucitó y subió a los cielos, conserva siempre este mismo deseo de sufrir y de morir por la gloria de su Padre y por nuestro amor. Pero, no pudiendo sufrir ni morir por Él mismo, quiere sufrir y morir en sus miembros, y busca por todas partes personas en las que Él pueda efectuar este deseo. Por esto, si tenemos algún celo por que se cumplan estos deseos de Jesús, debemos ofrecernos a Él, a fin de que refresque, si es lícito hablar así, esta sed en nosotros y logre este su inmenso deseo de derramar su sangre y de morir por el amor de su Padre.

5. Como ya se dijo, hemos profesado en el bautismo unirnos a Jesucristo, seguirlo e imitarle; ser, por consiguiente, víctimas consagradas y sacrificadas a su gloria, y a estar siempre dispuestos a sacrificarle nuestra vida y cuanto hay en nosotros, según estas santas palabras: «Por

2. «Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis». Joan, XV, 13.

amor de ti, estamos todos los días destinados a la muerte: somos reputados como ovejas para el matadero» (3).

6. Siendo Jesucristo nuestra cabeza y nosotros sus miembros, como debemos vivir de su misma vida, así estamos obligados a morir con su muerte; puesto que es evidente que los miembros deben vivir y morir la vida y la muerte de su cabeza, conforme a este texto sagrado de San Pablo: «Traemos siempre representada en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos. Porque nosotros, bien que vivimos, somos continuamente entregados en manos de la muerte por amor de Jesús: para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal» (4).

Pero, sobre todo, la razón más poderosa y apremiante que nos obliga al martirio es, el martirio sangriento y la muerte dolorosísima que Jesucristo Nuestro Señor sufrió en la cruz por nuestro amor.

Porque este amabilísimo Salvador no se contentó con emplear por nosotros toda su vida; quiso también morir por nuestro amor, y, en efecto, murió con la muerte más cruel e ignominiosa que ha habido ni habrá jamás. Dio una vida, de la que un solo momento vale más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles, y estaría dispuesto, si fuera preciso, a darla hasta mil veces. Y, en efecto, está continuamente en estado de hostia y víctima en nuestros altares, donde es y será inmolado todos los días y a todas horas hasta el día del juicio, cuantas veces el divino sacrificio incruento y sin dolor del altar es y

3. «Propter te mortificamur toda die: aestimati sumus sicut oves occisionis». Ps. XLIII, 22.

4. «Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos qui vivimus, in mortem tradimur propter Jesum, ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali». 2 Cor. IV, 10-11.

será celebrado hasta el fin del mundo; atestiguándonos con ello, que está dispuesto, si hubiera necesidad, a ser sacrificado otras tantas veces por nuestro amor, con sacrificio sangriento y doloroso como el del calvario.

¡Oh qué bondad, oh qué amor! Ya no me admiro de ver cien, doscientos, cuatrocientos, mil, diez mil, veinte mil, treinta mil, trescientos mil mártires que derraman su sangre y dan su vida por Jesucristo. Porque, habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, ciertamente, todos los hombres deberían morir por Él. No me extraña ya que los Santos Mártires y todos aquellos a quienes Jesús ha hecho conocer y sentir los santos ardores de ese divino amor que le clavó en la cruz, tengan una sed tan ardiente y un deseo tan inflamado de sufrir y morir por su amor. No me extraña que muchos hayan, en efecto, sufrido tormentos tan atroces, y con tanto gozo y alegría, que antes se cansaban los verdugos de atormentar que ellos de aguantar; y que todo cuanto de más cruel sufrían, no les pareciera nada, en relación con el deseo insaciable que tenían de sufrir por Jesucristo. Pero, sí me admiro de vernos ahora tan fríos en el amor de un Salvador tan amable, tan cobardes para sufrir las menores cosas, tan apegados a una vida tan miserable y despreciable como la vida de la tierra, y tan lejos de querer sacrificarla por quien sacrificó por nosotros la suya tan digna y tan preciosa.

¡Qué falsedad! decirse cristiano, y adorar a un Dios crucificado, a un Dios agonizante y muerto en una cruz, a un Dios que pierde por nuestro amor una vida tan noble y excelente, a un Dios que se sacrifica todos los días ante nuestros ojos en nuestros altares por el mismo fin, y no estar dispuestos a sacrificarle cuanto podemos tener de más querido en el mundo, nuestra misma vida que, por otra parte, por tantas razones le pertenece. Ciertamente no somos de verdad cristianos si no nos encontramos en esta disposición. Por esto os digo, y es cosa clara para

quien considere bien las precedentes verdades, que todos los cristianos deben ser mártires, sino por el efecto, sí, al menos, por la disposición y por la voluntad. Cosa verdadera es que si no somos mártires de Jesús lo seremos de Satanás. Escoged de ambas cosas la que más queráis. Si vivís bajo la tiranía del pecado, seréis mártir de vuestro amor propio y de vuestras pasiones, y por consiguiente, mártir del diablo. Pero, si deseáis ser mártir de Jesucristo, procurad vivir con el espíritu del martirio.

¿Cuál es el espíritu del martirio? Es un espíritu que tiene cinco cualidades muy excelentes:

1. Es un espíritu de fortaleza y de constancia que no puede ser debilitado ni vencido con promesas ni con amenazas, con dulzuras ni con rigor, y que no teme nada, más que a Dios y al pecado.

2. Es un espíritu de profundísima humildad que aborrece la vanidad y la gloria del mundo y que ama los desprecios y humillaciones.

3. Es un espíritu de desconfianza de sí mismo y de absoluta confianza en Nuestro Señor, como en quien está nuestra fuerza y en cuya virtud lo podemos todo.

4. Es un espíritu de desprendimiento el más perfecto del mundo y de todas las cosas del mundo. Porque han sacrificado su vida a Dios, deben también sacrificarle todas las demás cosas.

5. Es un espíritu de amor ardentísimo a Nuestro Señor Jesucristo que conduce a los que están animados de este espíritu, a hacerlo y sufrirlo todo por amor de quien todo lo hizo y lo sufrió por ellos, y que de tal modo les abrasa y embriaga, que miran, buscan y desean por su amor, las mortificaciones y sufrimientos como un paraíso y huyen y aborrecen los placeres y delicias de este mundo como un infierno.

He aquí el espíritu del martirio. Rogad a Nuestro Señor, Rey de los Mártires, que os llene de este espíritu.

Rogad a la Reina de los Mártires y a todos los Mártires que con sus oraciones os obtengan este espíritu del Hijo de Dios. Tened devoción especial a todos los santos mártires. Rogad también a Dios por todos los que tienen que sufrir el martirio, a fin de que les dé la gracia y el espíritu del martirio; pero especialmente, por los que lo tendrán que sufrir en el tiempo de la persecución del Anticristo, que será la más cruel de todas las persecuciones.

En fin, procurad imprimir en vosotros, por medio de la imitación, una imagen perfecta de la vida de los santos Mártires, y lo que es más: de la vida del Rey y de la Reina de los Mártires, Jesús y María, a fin de que os haga dignos de ser semejantes a ellos en vuestra muerte.

TERCERA PARTE

Que contiene algunos de los principales y más importantes ejercicios necesarios para vivir cristiana y santamente, y para formar, santificar, hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros.

Ejercicios para la mañana

CAPITULO I

Que Jesús debe ser nuestro principio y fin en todas las cosas, y lo que hay que hacer por la mañana al despertarse.

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, siendo, según el lenguaje de su Apóstol, el *autor y consumidor de la fe* y de la piedad cristiana, y según El mismo, siendo el *alfa y el omega, el primero y el último, el principio y el fin de todas las cosas*, es justo que sea el principio y el fin de toda nuestra vida, de todos nuestros años, de todos nuestros meses, de todas nuestras semanas, de todos nuestros días y de todos nuestros ejercicios. Por esta ra-

zón, del mismo modo que hubiéramos debido consagrarle el comienzo de nuestra vida, si por entonces hubiéramos tenido uso de razón, y del mismo modo que deseamos terminarla en su gracia y en el ejercicio de su amor, así también, si deseamos obtener este favor de su bondad, debemos poner cuidado en consagrarle, por medio de algún ejercicio de piedad y amor hacia él, el comienzo y el fin de cada año, de cada mes, de cada semana, y especialmente de cada día. Porque es cosa de gran importancia empezar y concluir bien cada día, pero particularmente empezarlo bien, llenando nuestro espíritu desde la mañana con algún buen pensamiento, y ofreciendo a Nuestro Señor nuestras primeras acciones, porque de esto depende la bendición de todo el resto de la jornada.

Por ello, tan pronto os despertéis por la mañana, elevad vuestro ojos hacia el cielo, y vuestro corazón hacia Jesús, a fin de consagrarle por este medio el primer empleo de vuestros sentidos y los primeros pensamientos y afectos de vuestro espíritu y vuestro corazón.

Que la primera palabra que pronunciéis sea el santo nombre de Jesús y de María, de este modo: *Jesús, María*, ¡Oh Jesús! ¡Oh María, Madre de Jesús! ¡Oh buen Jesús, os entrego mi corazón para siempre! ¡Oh María, Madre de Jesús, os entrego mi corazón; os ruego que lo entreguéis a vuestro Hijo! *Veni, Domine Jesu*, venid Señor Jesús, venid a mi espíritu y a mi corazón, para llenarlo y poseerlo por completo; ¡Oh Jesús, permaneced conmigo!

Que la primera acción exterior que hagáis sea la señal de la cruz diciendo con la boca: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y entregándoos de corazón al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, a fin de que os posean perfectamente.

Al llegar la hora de levantaros, acordaos del inmenso amor por el que el Hijo de Dios, en el momento de su Encarnación, salió del seno de su Padre, lugar (si se puede

usar esta palabra) lleno de delicias, de reposo y de gloria para el, y vino a la tierra para estar sometido a nuestras miserias, y para cargar con nuestros dolores y tristezas. Y en honor y unión con este mismo amor, levantaos rápida y valientemente de la cama diciendo: *Surgam et quaeram quem diligit anima mea*: «Me levantaré y buscaré a quien mi alma ama». Y al pronunciar estas palabras *quem diligit anima mea*, «a quien mi alma ama», desead pronunciarlas, en la medida que sea posible, con todo el amor que es dirigido a Jesús en el cielo y en la tierra.

Después, postrándoos en tierra, adorad a este mismo Jesús, diciendo: *Adoramus te, Domine Jesu, et benedicimus tibi, et diligimus te ex toto corde nostro, ex tota anima nostra, et ex totis viribus nostris*: «Os adoramos, oh Señor Jesús, os bendecimos, y os amamos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas». Y diciendo estas palabras, desead decirlas, en la medida que se puede, con toda la humildad, devoción y amor del cielo y de la tierra, y por todas las criaturas que están en el universo.

CAPITULO II

Lo que hay que hacer al vestirse

Al vestirnos, por miedo a que el espíritu del mal llene vuestro espíritu de pensamientos inútiles o malos, llenadlo de buenos. Y a este fin acordaos que Nuestro Señor Jesucristo se revistió por medio de su Encarnación, de nuestra humildad, de nuestra mortalidad, y de todas nuestras miserias y necesidades humanas a las que estamos sujetos; y que se rebajó a un estado en el que tuvo necesidad

de vestidos como vosotros, y todo esto por amor a vosotros; y después elevad vuestro corazón hacia él y decidle así:

«Oh Señor, sed por siempre bendecido y exaltado, por haber sido humillado por amor hacia mí. Oh Jesús, os ofrezco la acción que ahora realizo, en honor de la acción que realizásteis cuando revestísteis vuestra divinidad con nuestra humildad, y cuando revestísteis esta misma humanidad con ropas parecidas a éstas con las que nos revestimos nosotros, y deseo hacer esta acción con las mismas disposiciones e intenciones con las que Vos la hicisteis».

Pensad también cuántos pobres hay completamente desnudos, y sin nada con que cubrirse, que no han ofendido a Dios tanto como vosotros, y que al menos Nuestro Señor, en un exceso de bondad, os ha dado con que revestiros más que a ellos; y con este pensamientos, elevad vuestro espíritu hacia él de este modo:

«Oh Dios mío, os bendigo mil veces por todas las misericordias que me dispensáis. Os suplico que veléis por las necesidades de todos los pobres; y que del mismo modo que me habéis dado con que revestir mi cuerpo, revistais también mi alma con Vos mismo, es decir con vuestro espíritu, con vuestro amor, con vuestra caridad, humildad, dulzura, paciencia, obediencia, y vuestras otras virtudes».

CAPITULO III

Que toda nuestra vida pertenece y debe ser consagrada y empleada en la gloria de Jesús

Toda nuestra vida, con sus pertenencias y dependencias, pertenece a Jesús por cinco conceptos generales que comprenden una infinidad de particulares:

1. Porque es nuestro Creador, que nos ha dado el ser y la vida, que ha imprimido en nuestro ser y en nuestra vida una imagen y semejanza de su vida y su ser. Por esta razón nuestra vida y nuestro ser le pertenecen absoluta y universalmente en todos sus usos, y debe tener una mirada y una relación continua hacia él, como la imagen hacia su prototipo.

2. Porque es nuestro Conservador, que nos conserva en cada momento en el ser que nos ha dado, y que nos lleva continuamente entre sus brazos, y con más cuidado y amor que el de la madre que lleva a su hijito.

3. Porque, según la Palabra sagrada, su Padre le ha dado toda la eternidad, le da incesantemente, y le dará eternamente todas las cosas en general y a cada uno de nosotros en particular.

4. Puesto que es nuestro Redentor que nos ha librado de la esclavitud de Satán y del pecado, y nos ha comprado con el precio de su sangre y de su vida, y que por consiguiente ha comprado todo lo que hay en nosotros y de nosotros, es decir toda nuestra vida, todo nuestro tiempo, todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, todo lo que está en nuestros cuerpos y en nuestras almas, todo el uso de los sentimientos de nuestros cuerpos y de las potencias de nuestras almas; como también todo el uso que hacemos de las cosas exteriores que están en el mundo.

Porque no solamente nos ha adquirido por su sangre todas las gracias que son necesarias para la santificación de nuestras almas, sino también todas las cosas que requieren para la conservación de nuestros cuerpos. Por nuestros pecados no tendríamos ningún derecho ni a andar sobre la tierra, ni a respirar el aire, ni a comer un trozo de pan, ni a beber una gota de agua, ni a servirnos de ninguna cosa de las que hay en el mundo, si Jesucristo no nos hubiera adquirido este derecho por su sangre y por su muerte. Por ello, todas las cosas que hay en nosotros, pertenecen a Jesucristo y no deben ser empleadas más que para él, como cosas que ha adquirido con el precio de su sangre y de su vida.

5. Porque nos ha dado todo lo que tiene y todo lo que es. Nos ha dado a su Padre para que sea nuestro padre, haciéndonos hijos del mismo Padre del que él es Hijo. Nos ha dado a su Espíritu Santo para que sea nuestro propio espíritu, y para enseñarnos, guiarnos y conducirnos en todas las cosas. Nos ha dado a su santa Madre para que sea nuestra madre. Nos ha dado a sus Angeles y sus Santos para que sean nuestros protectores e intercesores. Nos ha dado todas las otras cosas que están en el cielo y en la tierra, para nuestros usos y necesidades. Nos ha dado su propia persona en su Encarnación. Nos ha dado toda su vida, no habiendo pasado ni un solo momento que no haya empleado para nosotros: no habiendo tenido un pensamiento, dicho una palabra, hecho una acción ni un solo paso, que no lo haya consagrado a nuestra salvación. Por último nos ha dado en la santa Eucaristía su cuerpo y su sangre, y además su alma y su divinidad y en su humanidad, y esto todos los días o al menos tantas veces como queramos disponernos a recibirle.

Siendo esto así, ¿cuánto estamos obligados a entregarnos enteramente a él y a ofrecerle y consagrarle todas las funciones y ejercicios de nuestra vida? Ciertamente si tu-

viéramos todas las vidas de todos los Angeles y de todos los hombres que han sido, son y serán, deberíamos consumirlos en su servicio, aún cuando él no hubiera empleado más que un momento de su vida para nosotros, ya que un solo momento de su vida vale más que mil eternidades, por así decirlo, de todas las vidas de los Angeles y de los hombres que ha habido, hay y habrá. ¿Cuánto, pues, estamos obligados a consagrar y emplear el poco de vida y de tiempo que tenemos que estar sobre la tierra? A tal efecto, la primera y principal cosa que debéis hacer, es conservar cuidadosamente en su gracia y amistad, temiendo y huyendo de todo lo que pueda haceros perderla, es decir todo tipo de pecado, más que la muerte y más que todas las cosas más terribles del mundo. Si por desgracia sucede que caéis en algún pecado, levantaos de inmediato por medio de la santa confesión y de la contrición, de lo que se hablará más adelante. Pues igual que las ramas, las hojas, las flores, los frutos y todo lo que hay en un árbol, es de aquél a quien el tronco del árbol pertenece, así también, mientras que pertenezcais a Jesucristo y estéis unidos a él por su gracia, toda vuestra vida con todas sus dependencias, y todas las acciones que realiceis, que por sí mismas no sean malas, le pertenecerán. Pero, además de esto, voy a proponeros otros tres medios, de uso muy dulce y fácil, por medio de los cuales toda nuestra vida será mucho más perfecta y santamente empleada en el amor y en la gloria de Jesús.

CAPITULO IV

Tres medios para hacer de manera que toda nuestra vida sea un ejercicio continuo de alabanza y de amor hacia Jesús

Para consagrar y emplear toda vuestra vida a la gloria de Jesús, además de lo que se ha dicho anteriormente, tenéis además que hacer tres cosas, que se contienen en la elevación de la mañana, que se expondrá más adelante.

1. Una vez vestidos, antes de salir de casa y de realizar ninguna otra acción, poneos de rodillas; y de las veinticuatro horas que hay en el día, entregad al menos la mitad de un cuarto de hora a quien os ha dado toda su vida, a fin de adorarlo, de darle las gracias, y de ofrecerlos a él, así como todas las acciones que hagáis durante el día, con la intención de hacerlas todas por su gloria. Sabemos, por los libros de santa Gertrudis, que Nuestro Señor le aseguró que le era muy agradable que le ofreciera todas sus acciones mínimas, incluso todas sus respiraciones y todos los latidos de su corazón. En virtud de esta oblación, todos vuestros pasos, todas vuestras respiraciones, todos los latidos de vuestro corazón, todo el uso de vuestros sentidos interiores y exteriores, y en general todas las acciones que hagáis, que no sean malas, pertenecerán a Jesucristo y serán otros tantos actos de glorificación hacia él.

Advertid, por favor, que cuando os exhorto a ponerlos de rodillas todas las mañanas en vuestra casa para adorar a Nuestro Señor Jesucristo, para darle gracias y para ofrecerlos a él, no quiero decir que estos actos sean hechos hacia la persona del Hijo de Dios solamente, sino hacia la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo que se hace siempre infaliblemente, aunque no siempre se considere expresamente. Porque, ya que Jesucristo es uno

con el Padre y el Espíritu Santo, y la Santísima Trinidad, o como dice San Pablo, toda la plenitud de la divinidad habita en Jesucristo, hay que concluir necesariamente que adorar y glorificar a Jesús es adorar y glorificar al Padre y al Espíritu Santo; ofrecer a Jesús toda la gloria que se le ofrece en el cielo y en la tierra, es ofrecer esta misma gloria al Padre y al Espíritu Santo; y pedir al Padre y al Espíritu Santo que glorifiquen a Jesús, es pedirles que se glorifiquen a si mismos. Siguiendo esta verdad, he aquí la segunda cosa que debéis hacer por la mañana, si deseáis que toda vuestra vida sea un perpetuo ejercicio de glorificación y de amor hacia Jesús, y por consiguiente hacia el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

2. Ofreced a este mismo Jesús todo el amor y toda la gloria que le serán rendidos ese mismo día en el cielo y en la tierra y que os unís a todas las alabanzas que le serán dadas ese mismo día por su Padre eterno, por él mismo, por su Espíritu Santo, por su bienaventurada Madre, por todos sus Angeles y Santos, y por todas las criaturas; y de este modo estaréis asociados al amor y a las alabanzas que se le harán continuamente durante ese día.

3. Pedid a todos los Angeles, a todos los Santos, a la Santísima Virgen, al Espíritu Santo y al Padre Eterno, que glorifiquen y amen a Jesús por vosotros durante ese día, y con toda seguridad lo harán; porque es la oración más agradable que se les pueda hacer, y la que escuchan y atienden con más gusto. Y así tendréis parte especial en el amor y la gloria que Jesús recibe continuamente de estas santas y divinas personas; y recibirá este amor y esta gloria, como si en cierto modo le fuesen ofrecidos por vosotros, puesto que serán ofrecidos a vuestra petición y súplica.

Haciendo un uso fiel de estas tres prácticas todas las mañanas, cada día de vuestra vida y toda vuestra vida juntamente será un perpetuo ejercicio de amor y de gloria

hacia Jesús. Si hubiera un hombre en el mundo tan execrable, que quisiera que todas sus acciones y respiraciones fuesen otras tantas blasfemias contra Dios, y además de esto tuviera la intención de unirse a todas las blasfemias que se cometen en la tierra y en el infierno, y no contento con esta impiedad invitara y excitara a todos los demonios y a los hombres malvados a blasfemar por él, ¿no es cierto que por su intención detestable, todas sus acciones y respiraciones serían otras tantas blasfemias, y todas las que se hicieran en la tierra y en el infierno le serían imputadas a él? Por el contrario si ejercitais esas tres prácticas anteriormente propuestas, es muy cierto que en virtud de la santa intención que tendréis, todas las acciones de vuestra vida serán otros tantos actos de alabanza a Dios, y que seréis asociados de una manera especial a todo el honor que se le rinde incesantemente en la tierra y en el cielo.

Además de esto, es bueno también que hagáis todas las mañanas un acto de aceptación, por amor a Nuestro Señor, de todas las molestias que os sobrevendrán durante el día; así como también un acto de renuncia a todas las tentaciones del espíritu del mal, y todos los sentimientos de amor propio y de las otras pasiones, que os podrán acometer durante el día. Estos dos actos son importantes; porque suceden mil pequeños disgustos durante el día, que simplemente pasan y no ponemos cuidado en ofrecerlos a Dios; así como también muchas tentaciones y movimientos de amor propio, que se deslizan insensiblemente en nuestras acciones. Así pues, en virtud del primer acto, Dios será glorificado en todas las penas, ya sean del cuerpo o del espíritu, que experimentéis durante el día, al haberlas aceptado desde la mañana por amor a él; y en virtud del segundo, os dará la fuerza para resistir más fácilmente a las tentaciones malignas, y para destruir con mayor facilidad los efectos del amor propio y de los otros vicios.

Estos dos actos, con las tres prácticas precedentes, son contenidas en la elevación siguiente.

CAPITULO V

Elevación a Jesús por la mañana

Oh adorable y amado Jesús, postrado a vuestros pies desde lo más profundo de mi nada, en la extensión inmensa de vuestro espíritu, en la grandeza infinita de vuestro amor, en todas las virtudes y potencias de vuestra divinidad y de vuestra humanidad, os adoro y os glorifico, os bendigo y os amo en todo lo que sois en general en Vos mismo y en todas las cosas, y os adoro, bendigo y amo en el interior de Vos, por Vos y con Vos a la santísima Trinidad. Os doy gracias infinitas por el cuidado y la vigilancia que habéis tenido sobre mí durante esta noche. Os ofrezco todas las bendiciones, que os han sido dadas durante esta misma noche, en el cielo y en la tierra.

Oh mi Salvador, yo me ofrezco y me consagro a Vos, y por Vos al Padre eterno, enteramente, absolutamente y para siempre. Os ofrezco mi cuerpo, mi alma, mi espíritu, mi corazón, mi vida, todas las partes de mi cuerpo, todas las potencias de mi alma, todos mis pensamientos, palabras y acciones, todas mis respiraciones, todos los latidos de mi corazón y de mis venas, todos mis pasos, todas mis miradas, todo el uso de mis sentidos interiores y exteriores, y en general todo lo que ha sido, es y será en mi, deseando que todas estas cosas sean consagradas a vuestra santa gloria, y que sean otros tantos actos de alabanza, de adoración y de amor puro hacia Vos. Haced, os ruego, Dios mio, por vuestro santo poder y misericordia,

que esto sea así, a fin de que todo lo que hay en mí os rinda honor y homenaje continuo.

Os ofrezco también, oh amable Jesús, y por Vos a la santísima Trinidad, todo el amor y la gloria que os serán rendidos hoy y torda la eternidad en el cielo y en la tierra. Me uno a todas las alabanzas que han sido, son y serán hechas por siempre al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; al Hijo y al Espíritu Santo por el Padre; y al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por la Santísima Virgen, por todos los Angeles, por todos los Santos y por todas las criaturas.

Oh Jesús, adorad y amad al Padre y al Espíritu Santo por mí.

Oh Padre de Jesús, amad y glorificad a vuestro Hijo Jesús por mí.

Oh Espíritu Santo de Jesús, amad y glorificad a Jesús por mí.

Oh Madre de Jesús, bendecid y amad a vuestro Hijo Jesús por mí.

Oh bienaventurado San José, oh Angeles de Jesús, oh Santos y Santas de Jesús, adorad y amad a mi Salvador por mí.

Además de esto, acepto desde ahora por amor a Vos, oh mi Señor Jesús, todos los disgustos, reveses y aflicciones, del cuerpo o del espíritu, que me sucedan hoy y toda mi vida, ofreciéndome a Vos para sufrir todo lo que os plazca, por vuestra gloria y contentamiento.

Igualmente también declaro que renuncio desde ahora a todas las sugerencias y tentaciones del espíritu maligno; y que repruebo y detesto todos los movimientos, sentimientos y efectos de orgullo, del amor propio, y de todas las otras pasiones e inclinaciones malas que hay en mí.

Os suplico, oh mi Salvador, que imprimáis en mi corazón, un odio, un horror y un temor al pecado, mayor que todos los males del mundo; que hagáis que muera an-

tes que ofenderos voluntariamente; y me deis la gracia de que os sirva, hoy y todo el resto de mi vida, con fidelidad y amor, y que me comporte respecto a mi prójimo con toda caridad, dulzura, paciencia, obediencia y humildad.

CAPITULO VI

Otra elevación a Dios para santificar todas nuestras acciones, y hacerlas agradables a su divina Majestad

Oh Dios mio, mi Creador y soberano Señor, como soy todo vuestro por infinidad de conceptos, también todo lo que procede de mí debe ser vuestro. Vos me habéis creado para Vos: por ello debo ofrecirme a mí mismo y todas mis acciones, que no tendrán ningún valor si no os son ofrecidas. Así pues, yo, vuestra ruin criatura, os ofrezco ahora, y para cada momento de mi vida, a mí mismo y todas mis obras, particularmente las que debo hacer hoy, tanto las buenas como las indiferentes, tanto las libres como las naturales. Y a fin de que os sean más agradables, Dios mio, yo las uno a todas las de Jesucristo nuestro Señor, y de la santísima Virgen María, su Madre, así como también las de todos los Espíritus bienaventurados, y de todos los justos que ha habido, hay y habrá en la tierra y en el cielo. Os consagro todos mis pasos, mis palabras, mis miradas, cada movimiento de mi cuerpo y cada pensamiento de mi espíritu, todas mis respiraciones, y en suma todas mis acciones, con la intención y el deseo, para cada una de esas mismas acciones, de rendiros una gloria infinita y amaros con un amor infinito. Y no sólo os ofrezco mi corazón, mi voluntad, mi entendimiento y

a mí mismo de la manera que os es más agradable (lo que tengo intención de hacer en cada una de mis acciones); sino que también, en estas mismas acciones, os ofrezco y dedico todas las acciones de otras criaturas, especialmente las que no os son ofrecidas. Os ofrezco la perfección de todos los Angeles, la virtud de los Patriarcas, de los Profetas, y de los santos Apóstoles, los sufrimientos de los Mártires, las penitencias de los Confesores, la pureza de las Vírgenes, la santidad de todos los bienaventurados, y finalmente a Vos a Vos mismo; y todo esto no para obtener algo de Vos, ni siquiera el Paraíso, sino sólo para agradaros más y rendiros más gloria.

Además de esto tengo la intención de ofreceros desde ahora, en este estado de libertad, todos los actos de amor por los que yo os amaré necesariamente en la bienaventurada eternidad, así como lo espero de vuestra bondad. Lo mismo hago con todos los actos de las otras virtudes que haré, y que todos los bienaventurados harán en la gloria. Y porque cualquier cosa es tanto más excelente cuanto más os agrada y es más conforme a vuestra divina voluntad, en todo lo que haga, no sólo deseo ajustar mi voluntad a la vuestra, sino que también deseo hacer sólo lo que os sea más agradable, deseando que vuestra santa voluntad, no la mía, se cumpla en todas las cosas; y decirlo siempre con la boca y con el corazón, y en todas las acciones de mi vida: *Fiat, Domine, voluntas tua sicut in caelò et in terra*: «Señor, hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo».

Concededme, Dios mio, esta gracia, a fin de que pueda siempre amaros más ardientemente, serviros más perfectamente y actuar más puramente para vuestra gloria, y que me transforme tanto en Vos, que viva sólo en Vos, y para Vos sólo, y que todo mi paraíso, en el tiempo y en la eternidad, sea daros contentamiento.

A LA SANTISIMA VIRGEN

Oh Madre de Jesús, Reina del cielo y de la tierra, os saludo y honro como mi soberana Señora, a la que pertenezco, y de la que dependo ante Dios. Os rindo todo el honor y sumisión que puedo según corresponde a Dios y a vuestra grandeza. Yo me entrego todo a Vos; dadme, os lo ruego, a vuestro Hijo, y haced de modo que por vuestras oraciones, todo lo que hay en mí sea consagrado a su gloria y a la vuestra, y que muera antes que perder su gracia.

OH SAN JOSE

Oh bienaventurado San José, venerable padre de Jesús y dignísimo esposo de María, sed mi padre, mi protector y mi guía hoy y toda mi vida.

AL SANTO ANGEL DE LA GUARDA

Oh Santo Angel mio, me ofrezco a Vos, ofrecedme a Jesús y a su santísima Madre, y pedidles que me concedan la gracia de honrarlos y amarlos con toda la perfección que ellos piden de mí.

A TODOS LOS ANGELES Y SANTOS

Oh Santos Angeles, oh bienaventurados Santos y Santas, yo me ofrezco a Vos, ofrecedme a Jesús; pedidle, os ruego, que me de su santa bendición, a fin de que emplee fielmente este día en su servicio, y que muera antes que ofenderle.